

—Pero, en fin, ¿cuento con tu presencia?  
¿Quieres ser testigo de mi boda?

Miguel reflexionó un momento, y al cabo contestó:

—No. Si yo exigiera de ti que vinieras á presenciarme mi muerte, lo rehusarías; yo hago lo mismo, negándome á ser testigo de tu casamiento. Adiós: *Cesar, morituri te salutant.*

No dijo más, y tomó su sombrero.

La despedida de los dos amigos fué tierna; se abrazaron muchas veces con mutua y verdadera compasión, y realmente ambos tenían los semblantes pálidos y los ojos húmedos.

Al fin se separaron.

Cuando Jaime sintió cerrar la puerta que daba á la escalera, se miró al espejo, diciendo:

—Este perdulario está loco, loco rematado.

Al mismo tiempo Miguel bajaba precipitadamente la escalera, exclamando:

—He ahí un millonario tonto, completamente tonto.



II.

**M**IJA mía, eres muy desgraciada: te había prometido llevarte esta tarde al *Prao* en carretela descubierta, y, ¡mira tú qué contratiempo! : á mañá le ha acometido la jaqueca. ¡Vamos! Con las señoras mayores no se puede contar para nada.

Hablaba así una señorita de diez y ocho á veinte años, morena, y, por consiguiente, impetuosa, movible y alegre, con un par de ojos que hacía más negros la sombra de sus dobles, espesas y largas pestañas, con los que lanzaba ardientes miradas bajo los arcos magníficos de dos soberbias cejas. El cabello, crespo y vigoroso, se alzaba sobre la frente en ondas caprichosas, brillando como el azabache, y el carmín de sus labios, desdeñosos y risueños, hacía resaltar el blanco esmalte de sus pequeños dientes.



Hablaba de ese modo á otra señorita de la misma edad, cuya dulce belleza ofrecía un conjunto armonioso, en el que contrastaba el rubio oscuro del cabello, de las cejas y de las pestañas, con el negro azulado de los ojos, y con la blancura transparente de su apacible fisonomía.

—Déjalo (dijo esta última) : pasaremos aquí la tarde. Lo sensible es que tu mamá se halle indispueta.

— ¡Oh! (exclamó la otra.) La indisposición de mamá vale bien poco; pero es bastante para que no pueda acompañarnos. Sin embargo, no renunció á nuestro paseo. Querida Isabel, iremos solas.... Voy á pedir la carretela.

Isabel movió graciosamente su rubia cabeza, y detuvo á su amiga, diciendo :

— ¡Catalina!.... Espera.... Acaso no estará bien que dejemos á tu madre en la disposición en que se halla.

Catalina se cruzó de brazos, y golpeó la alfombra con la planta de su pie diminuto.

— Y bien (replicó) : ¿ qué le hemos de hacer nosotras á su jaqueca? Cabalmente lo que le conviene es dormir, y no creo que para dormir necesite á nadie. Además, ahí tiene á su doncella.

— No obstante (insistió Isabel) : ¿ estará bien visto que salgamos solas?

— ¡Toma! ¡Toma!.... ¿ Pues no va el cochero?... ¿ No va el lacayo? ¿ Temes que nos coman? Por lo demás, el mundo es un rutinario, al cual

hay que imponerse. Imagínate, ¡ dos señoritas solas! ¡ Qué horror! Mira, Isabel; nos guardan mucho, mucho...., y es una ridiculez; porque cuando una quiere...., ¡ qué tontería!

— Yo temo que tu mamá se incomode.

— No lo creas : mi mamá es una señora de mucho mundo.

— Pero, ¿ y tu padre?

— Mi padre no se mete en nuestras cosas; es un hombre político; ha sido ministro; está próximo á serlo otra vez, y le da demasiado que hacer el gobierno de la nación para que piense en el-gobierno de su casa. Pero tus escrúpulos nos están haciendo perder un tiempo precioso. ¡ Éa! Préndete esa hermosa escarapela á que damos el nombre de sombrero, mientras yo pido el coche.

Pronunció estas últimas palabras acercándose á la puerta del gabinete en que estaban; en ella se detuvo, gritando :

— ¡ La carretela!

Isabel no se movió, y hasta parecía contrariada, mejor dicho, triste. Catalina la contempló un momento, y le dijo :

— ¿ Sabes, querida mía, que estás hermosa? Es verdad que en el colegio eras la niña más bonita; pero nunca creí que prometieras tanto. ¿ Te acuerdas del colegio? ¡ Cuánto me has desesperado! Tú eras la niña bonita, la niña aplicada, la niña juiciosa, la niña modelo; y yo era la niña terrible, la niña traviesa, la niña mala; para ti eran los mi-



mos, las preferencias, las atenciones, y para mí los castigos.... Algunos días te odiaba de muerte.

Isabel suspiró, exclamando :

— ¡ Qué tiempo aquel tan dichoso !

—No digas eso. ¡ Qué horror de colegio !.... Todo lo habíamos de hacer á son de campana.... Aquel jardín tan triste...., aquellas tapias tan altas...., aquella vigilancia insoportable...., aquellas señoras insufribles.... Cuando me sacaron de aquella cárcel, respiré.

—Poco después salí yo, y me costó muchas lágrimas dejar el colegio.

—Siempre hemos sido opuestas en todo. Nunca pude conseguir que te castigaran, y tú, por llevarme la contraria, me libraste algunas veces del castigo. ¡ Qué original eras ! Cuando me quitaban los postres, me dabas los tuyos. ¿ Te acuerdas del día del encierro ? Tú me abriste la puerta, y yo me alegré, porque dije : « Ahora la castigarán ». ¡ Pero sí ! La directora...., ¡ qué fea era !, te besó, diciéndote : « ¡ Angel mío ! », y á mí me miró por encima de los anteojos, como si quisiera tragarme, y me llamó diablillo. Y, ¡ qué cosa tan singular !, el perro, que á ti te hacía tantas caricias, á mí me ladraba siempre.

— ¡ Ya se ve ! (dijo Isabel sonriendo.) ¡ El pobre León te tenía miedo !

— ¿ Á que no te acuerdas (preguntó Catalina) del nombre que te pusimos ?

— Sí ; me acuerdo muy bien.

— Te decíamos Santa Isabel, reina de Hungría.

— Es verdad.... ; y á ti te decíamos todas Catalina de Rusia.

La conversación fué interrumpida por el ruido de la carretela, que llegó estrepitosamente, arrastrada por dos yeguas alemanas.

— ¡ Vamos ! — exclamó Catalina.

— Sea lo que tú quieras, — contestó Isabel, tomando su sombrero.

— Por supuesto ; como que ahora no estamos en el colegio, yo mando.

Las dos amigas, igualmente graciosas y esbeltas, se cogieron del brazo y bajaron la escalera.

El color dominante en el sencillo traje de Isabel era azul, á la vez que dominaba en los lujosos adornos de Catalina el color de fuego, como si la una llevara el cielo y la otra el infierno ; y en verdad que, al verlas, el hombre más reflexivo hubiera dudado entre condenarse ó salvarse.

La carretela partió al trote resuelto hacia la Fuente Castellana.

— ¿ En qué piensas ? — preguntó Catalina de Rusia.

— Pienso (contestó Santa Isabel, reina de Hungría) en que hace ya cinco años que salimos del colegio, en que había perdido la esperanza de volverte á ver, y en que experimento mucha alegría en volver á encontrarte.

— ¡ Cinco años !.... ¡ Cómo pasa el tiempo !.... Vamos : cuéntame tu vida en esos cinco años, por-



que en cinco años pueden sucederle muchas cosas á una santa tan encantadora como tú; de manera que tendrás mucho que contarme.

—Es muy poco lo que tengo que contarte; pero en cambio, es bien triste.

—¡Hola! Ya tenemos aquí algún amor imposible, alguna pasión desgraciada. Me divierten las pasiones infelices.... Cuéntame, cuéntame esa novela.

—Pues imagínate (dijo Isabel casi con las lágrimas en los ojos), que á los pocos meses de salir yo del colegio, murió mi buen padre.

—¡Pobre señor! (exclamó Catalina, clavando sus ardientes miradas en los transeuntes.) ¡Es una desdicha que no podamos ser eternos!

—A la muerte de mi padre (prosiguió Isabel, como si no hubiera oído las palabras de Catalina), nos quedamos reducidos á la pensión que mi madre obtuvo como viuda de un brigadier.

—¿Tu padre no pasó de brigadier?—preguntó Catalina admirada.

—No (contestó Isabel): mi padre fué siempre muy honrado, y no se pronunció nunca. Con la pensión de mi madre no podíamos vivir bien en Madrid, y nos retiramos á un pequeño pueblo de las Provincias Vascongadas, situado en un precioso valle de Vizcaya. Allí hemos vivido como en la gloria, porque es el país más sencillo y más noble de España. ¡Qué gentes tan buenas! ¡Qué paz se respira en aquella naturaleza y en aquellas costumbres!

Pero era ya preciso poner en carrera á mi hermano Luis, que está hecho un hombre, y hemos vuelto con algunos ahorros. Además, yo le ayudo á mi excelente madre á pagar la pensión de mi hermano, haciendo algunas labores, que no me pagan mal.

Catalina dió un salto sobre los almohadones de la carretela, y se santiguó, exclamando:

—¡Mira! Con esa cabeza de serafín, ese talle de Venus y esas manos de ángel, ¿trabajas?...

Isabel, sorprendida, preguntó á su vez:

—¿Acaso hago mal?

—No: reconozco que lo que me cuentas es hermoso; si quieres, hasta poético; pero, hija mía, es muy triste.

—No lo creas. Es verdad que mi madre llora algunas veces al verme atareada; pero entra mi hermano como un torbellino, nos abraza, nos besa, llama á mi madre *la señora llorona* y á mi *la señorita sensible*, nos echamos á reír, y adiós lágrimas.

—Bien: si á ti te divierte eso, no tengo nada que replicarte. Continúa, continúa.

—No tengo más que contarte.

—¡Cómo! Pues ¿y la pasión?

—¿Qué pasión?—preguntó Isabel algo inquieta.

—¡Toma! La tuya...., la pasión desgraciada. ¿Serás capaz de ocultársela á tu amiga de colegio, en el mismo día en que la abrazas, después de cinco años de no haberla visto? Esto es inverosímil. ¿Callas?... (continuó, riéndose á carcajadas.) Pues,



mira, te aseguro que es inútil. Los hombres pueden engañarnos alguna vez; mas es muy difícil que una mujer engañe á otra. Has hecho el primer capítulo de tu novela; déjame, que quiero yo hacer el segundo.

Si Catalina no hubiera ido entretenida en mirar á unos, en saludar á otros, y en *coquetear* con todos, habría visto el semblante de Isabel pasar alternativamente de una extrema palidez á un vivo sonrosado; mas iba demasiado distraída para notar estas fugitivas circunstancias.

—Oye (prosiguió la resuelta mujer de Pedro el Grande): no sé si en Madrid ó en Vizcaya, el sitio es indiferente, tē encuentras con un joven....; es absolutamente preciso que sea joven, porque es de todo punto imposible que una mujer ame á un viejo. Este joven te mira, para lo cual es necesario que te vea, y viéndote, claro está, se enamora de ti, y te lo dice con los ojos, ó con la boca, con juramentos ó con miradas: es lo mismo. Tú no puedes resistirte al atractivo de tanta ternura, y de la noche á la mañana te encuentras víctima de un amor imposible; porque es el caso que el joven que te hace soñar todas las noches y llorar todos los días, ó es un pobre diablo que no tiene sobre qué caerse muerto, ó es un hombre que tiene empeñada su palabra, comprometido su amor con una mujer á la cual no puede faltarle. Aquí tienes la pasión desgraciada. ¿Qué te parece el capítulo segundo de tu novela?

—Me parece muy bien; pero te aseguro que cae por su base; pues, te lo juro, nadie se ha fijado en mí.

—No es creíble. Pero, ¡vamos!, vives tan modestamente, que es posible, y, en ese caso, te pregunto: y tú, ¿no prefieres á nadie?

—Yo.... (contestó Isabel con voz temblorosa), no debo pensar en eso.

—No debes pensar; pero ¿piensas?

Ignoro lo que á esta pregunta hubiera contestado la candorosa ingenuidad de Isabel, si en el momento de abrir su pequeña boca para decir algo, no se hubiera acercado á la carretela un arrogante jinete vestido de negro, sobre un caballo de igual color, para que el luto fuera riguroso.

Al verlo Catalina, hizo brillar su mirada y su sonrisa, mientras que Isabel se puso pálida y bajó los ojos.

El jinete colocó su dócil caballo al estribo del coche, al lado de Catalina, después de saludar con suma cortesía.

—¡Jaime! (exclamó la hija del ministro.) *Catalina de Rusia* va á presentar á V. á su íntima amiga de colegio *Santa Isabel, reina de Hungría*.

—Es inútil (dijo el joven con amable sonrisa): hace ya tiempo que tengo el honor de conocer á tan bella señorita: somos vecinos, y, por consiguiente, amigos.

—Es verdad (balbuceó Isabel, encendida como la grana). Nos hemos saludado algunas veces.



Catalina los miró alternativamente, y se irguió, diciendo:

—No se me negará que tengo un gusto exquisito para elegir amigas.

—Sin duda ninguna (añadió el joven): forman Vds. la más bella pareja del mundo.

—Imagínese V. que me encuentro á mi amiga Isabel cuando menos lo esperaba, después de cinco años de separación, y nos hemos dedicado hoy el día la una á la otra.

—Comprendo (advirtió el joven) que he venido á interrumpir, quizá en el momento más interesante, las mutuas confidencias de dos tiernas amigas que no se han visto en mucho tiempo.

—Hemos charlado mucho, mucho....; pero, en verdad, todavía no hemos llegado á lo más interesante: estamos en el segundo capítulo de la novela.

—Preciosa novela debe ser (dijo Jaime), siendo obra de tan bellos ingenios. Me interesa ya, y deseo saber cuándo se publica.

—Nunca (respondió Catalina): hemos decidido que permanezca inédita.

—Es muy cruel semejante determinación; mas, sea como quiera, yo no debo interrumpir por más tiempo la amena tarea en que están Vds. empeñadas.

Catalina añadió:

—Y que nos hemos propuesto dejar terminada esta tarde.

—En ese caso, no debo ser más indiscreto, y me retiro.

—Ya sabe V., querido Jaime, que esta noche la pasaremos en casa.

El joven saludó de nuevo, y partió al galope.

Isabel respiró como quien sale del fondo del agua, y con voz no muy segura, dijo á su amiga:

—¡ Lo has despedido !

—Sí: tengo confianza para hacerlo; es mi novio, y pronto será mi marido.

Á Isabel se le escapó una exclamación tan involuntaria, que su amiga se apresuró á preguntarle:

—¿ Te sorprende ?

—No....; pero...., ya ves, lo ignoraba.

—Pues sí: es un buen partido; acaba de heredar á un tío solterón bastante rico; se ha empeñado en que sea su mujer, y yo no encuentro inconveniente en ello.

—Pero ¿ tú no estás enamorada ?

—Creo que sí; por lo menos, sus obsequios me agradan; su posición es muy aceptable; y, en fin, es preciso casarse.

—¿ Él te amará ciegamente ?

—Eso dice, y lo creo; porque, al fin, no soy fea, ni vieja, ni tonta: mi padre es un personaje político que ejerce grande influencia, y á quien sus enemigos atribuyen una gran fortuna. Todo esto es bastante para apasionar á un hombre.

—No creo que sean la ambición ni el interés los



móviles que guíen su corazón, y eres injusta contigo misma pensando de ese modo.

—Es posible; pero sospecho que si me hubiera encontrado en tu posición, por ejemplo, no habría reparado en mí..., á lo menos para casarse. Tú piensas lo mismo.

—¡ Oh! Eres terrible.

—No tal; soy justa....: porque has de saber que si él no poseyera más fortuna que su bella persona, tampoco aceptaría su mano Catalina de Rusia.

—Por mi parte, te aseguro que no me casaría nunca de esa manera.

—Ya cambiarás de parecer, y, si no eres tonta, caerás en la cuenta de que nada te conviene tanto como un viejo millonario. No me pongas esa cara de cándido asombro. ¿Quieres que te lo diga todo? Pues bien: un viejo millonario es mi bello ideal.

—Pero, mujer, ¿casarse con un viejo porque es rico!....

—Y no siendo rico, ¿qué mujer había de casarse con un viejo?

—Entonces, amiga mía, es... engañarlo, mentirle un afecto que no inspira: es degradarse, es venderse, es....

—Dilo. ¿No te atreves á pronunciar la palabra? Yo la pronunciaré: *es prostituirse*. ¿No es eso? Pero, hija mía, es casarse, es tener coches, caballos, lujo; es vivir, es gozar, es poner de nuestra parte la compasión del mundo; es tener en el viejo

*pelele* la excusa permanente de nuestras ligerezas. Esto es lo admitido.

—No te comprendo, ni quiero comprenderte.

—Bueno; pero lo que yo te digo es cierto, y así lo comprenden y lo sienten cuantas mujeres se casan con viejos opulentos. Y la cosa es bien sencilla: si no es posible quererlos, no hay más remedio que engañarlos.

—Catalina, estás desatinada.

—Mira: casarse con sesenta años, llenos de *alifafes*, de impertinencias, de egoismo, ¿no es un gran sacrificio?

—Sin duda ninguna.

—Pues bien: ese sacrificio es preciso que tenga su compensación, ó no hay justicia en el mundo.

—Pero....

—Déjame concluir. ¿Qué es un viejo que se casa? Un tonto insoportable. ¿Y qué se hace con los tontos? Engañarlos. Las cosas son así, y yo no puedo hacer que sean de otro modo.

—Convengo, y por eso te digo que me repugna sólo la idea de casarme con un viejo, porque creo que es poner la virtud de una mujer en peligro de continuas seducciones, y entregar su honra á terribles sospechas. ¡ Oh! Nunca, nunca me casaré con un hombre á quien no pueda querer, á quien no pueda amar con todo mi corazón. No basta ser buenas: es preciso, además, parecerlo.



—Vas á empezar el tercer capítulo de tu novela, y ya es tarde: los coches han disminuido considerablemente, y el calor de nuestra conversación no nos ha dejado advertir que el frío de la noche se nos viene encima.

—En efecto (dijo Isabel, mirando al cielo): ya hay estrellas.

—¡Á casa!—gritó Catalina al cochero, en el momento en que, volviendo de la Fuente Castellana, se encontraban delante del Salón del Prado.

Las yeguas se volvieron gallardamente, y la carretela, ligera como una pluma, entró en la calle de Alcalá, que, sea la que quiera la democracia que impere, siempre será una calle regia.

—Después de comer (dijo Catalina) irán algunas gentes á casa, y verás qué bien pasamos la noche. Harás muy buen efecto entre mis amigos, y ¡quién sabe! Puede ser que encuentres un novio.

—Después de comer (replicó Isabel), debo volverme al lado de mi madre, á quien he dejado sola todo el día.

—Es decir, que me abandonas.

—Es preciso, querida mía.

—Me opongo, señorita.

—Esta vez no puedo hacer tu gusto.

—Eres muy cruel.

—Otro día...., otra noche....; pero ésta es imposible.

—¡Tú tienes algo que ver esta noche!

—Á mi madre y á mi hermano; te juro que no quiero ver más.

La carretela se detuvo: habian llegado á la suntuosa casa de Catalina de Rusia. Las dos jóvenes saltaron ligeras como dos pájaros, y asidas de las manos subieron la escalera; Isabel meditabunda, y Catalina cantando.

